

Danza

Entre el tango y la epopeya

La escena transcurrió hace más de diez años. Pero ella la recrea ahora, en el ambiente de su exótico departamento, abrumado de cerámicas y plantas. "León Felipe me vio bailar Debussy y Beethoven, en Córdoba —memoria—, y vino a decirme que mi cara tenía rasgos trágicos."

Acaso por esa tensión extrema que supone la tragedia, Cecilia Bullaude (cordobesa, casada) sintió que la danza clásica la limitaba a un ejercicio formal, "y más aún: representaba un sacrificio que no me interesaba cumplir". La apertura hacia la danza moderna se le dio, por esa época, a través de Myriam Winslow: a partir de en-



Eduardo Comesaña

Ecléctica Bullaude: Con la historia.

tonces se dedica exclusivamente al baile y, en ocasiones, a "poner" movimientos en piezas de teatro.

Pero su ascendente carrera comienza, en realidad, hace aproximadamente una década, cuando decide radicarse definitivamente en Buenos Aires: "Aquí formé parte del grupo de Renate Schotelius —recuerda— y llegué a ser solista, inclusive en el Colón". Sin embargo, esos triunfos no alcanzaron a colmar sus aspiraciones secretamente; Bullaude aspiraba a algo más. "Lo conseguí cuando pude crear mi propio ballet."

Entronizada como coreógrafa y directora, su primer espectáculo fue *La muerte del ángel*, sobre música del controvertido Astor Piazzolla: "Allí aprendí los peligros que tiene el tango como expresión —señala—: por un lado está el pintoresquismo, y por otro el alto grado de intelectualidad que llega a dársele, a veces". En busca de un término medio que le permitiera respetar el sentimiento del tango sin caer en lo sensiblero, Cecilia se improvisó en socióloga durante esa época, "recorriendo los bares y hablando con la gente".

Quizá por esa obsesiva dedicación a la música popular, muchos críticos no pudieron entender el camino recorrido por la bailarina para poner en escena el espectáculo que ocupó la sala Martín Coronado, del Teatro San Martín, el 13 de setiembre pasado: *Tsang Yang Gyatso (Océano de Pureza Melódica)* fue el título del drama religioso tibetano, en adaptación libre, elegido por Cecilia Bullaude para su espectáculo. Para explicar esa elección, Cecilia arguye elementos estéticos y místicos, "porque todo lo oriental me interesa, incluyendo la religión por sus posibilidades artísticas: soy una enloquecida del Zen". Sin embargo, ese entusiasmo admite sus reservas: "Ni yo misma aguantaría la expresión oriental pura —reconoce—: hubo que sintetizar el argumento que, en el original, duraba cuatro horas".

Con la colaboración musical de Adolfo Reisin, la bailarina trabajó durante un mes, casi sin respiros: "Pero no fue eso —confiesa con modestia— lo que hizo posible el espectáculo". El Fondo Nacional de las Artes y la participación *ad honorem* de los bailarines y la modista, fueron también factores decisivos para que "con 30.000 pesos pudiéramos hacer todo".

Después de apurar esa experiencia, llena de matices que no entraban en los cálculos previos ("por ejemplo, el público se sorprendió de que los monjes bailasen. Pero en el Tibet es así: los estados místicos se expresan a través de la danza"), Cecilia trabaja ya en una tentativa futura: la tragedia de Camila O'Gorman, "que refleja la epopeya americana y el problema del caudillismo".

Los matices políticos que tiñen el tema, la inquietan particularmente: "Todos los intentos que se han realizado por ese lado —explica— sufrieron la supervisión de la censura". Sin embargo, el hecho de no estar sola en la empresa, le aleja la incertidumbre: "Biyina Klappenbach, la escenógrafa, está fascinada con el tema —agrega, agitando las manos—: es descendiente de Camila".

Una tormenta puede cernirse sobre ese eclecticismo: pero Cecilia Bullaude no parece preocupada por eso. Más bien, podría decirse que ese peligro la estimula. ♦

Discos

La verdadera explosión

Tosca, de Giacomo Puccini (RCA Victor LD 7022)

Era la noche del 14 de enero de 1900, y no sólo el invierno dispensaba escalofríos al público acumulado en el Teatro Costanzi, de Roma. Por la mañana, la dirección de la sala había recibido un anónimo sulfuroso: si se alzaba el telón sobre las nuevas efusiones de Puccini (1858-1924), una bomba pulverizaría al teatro. Pero la afición a su deporte nacional —la ópera— podía incitar a los italianos a correr cualquier riesgo; máxime cuando se trataba de

RECORDS

CLASICOS

Recital de piano, por Marta Argerich (D. G. G.).

Sinfonía Nº 2, de Antón Dvorak, por la orquesta Sinfónica de Londres dirigida por Pierre Monteux (Victor).

Sexteto de cuerdas Nº 2, de Johannes Brahms, por un equipo que encabeza el violinista Yehudi Menuhin (Angel).

JAZZ

El mundo moderno de Stan Getz (Music Hall).

Collector's Items, por Miles Davis (Prestige).

The Golden Monk, por Thelonius Monk (Prestige).

MISCELANEA

El silencio, por Piero Sancho (Odeón).

Y por lo tanto, por Charles Aznavour (Disc Jockey).

Abrazame fuerte, por Ornella Vanoni (Columbia).

♦ Casas consultadas: Breyer, Casa Americana, Club Internacional del Disco, Floryland, Iriberry, Lottermoser, Night and Day, Piscitelli, y Romero & Fernández. ♦

otra creación del triunfal autor de *La Bohème*.

Los atractivos de la velada —al margen de las posibilidades de perecer en aras del *bel canto*— eran abundantes: el libreto, basado sobre un truculento drama que Victoriano Sardou escribió para Sarah Bernhardt, proponía juramentos, emboscadas, puñales y suicidios; y la acción transcurría en la propia Roma. Por eso, en el afelpado anfiteatro no cabía ni un diamante más, ni una pechera almidonada, ni una *aigrette*; y a las puertas del Costanzi, otra multitud pugnaba por entrar y atribuía la amenaza a diversos rivales de Puccini. Hasta que las puertas cedieron y la calle, prácticamente, invadió el teatro.

Pero no hubo otra explosión que la de los derirantes aplausos, a medida que los jarabes puccinianos goteaban desde el escenario. Cinco fragmentos debieron bisarse: las dos romanzas del tenor, el término del primer acto, el *Vissi d'arte* del segundo, y el dúo final de los protagonistas. La cortina ascendió 21 veces al cierre de la velada (seis de ellas para el estrujado compositor), y un afilado *commendatore* lanzó un rasguño: "Ya que el Conservatorio no enseña a fabricar bombas, por lo menos hubieran hecho explotar una cajita de música".

Idéntico fervor —sin disidencias, esta vez— despertó *Tosca* en su reciente reposición en la Opera de Viena, conducida por el empolvado Herbert von Karajan. Es la versión que recoge esta placa, en la que refuelgen las voces de la soprano negra Leontyne Price, el barítono Giuseppe Taddei y el bajo Fernando Corena. Al destronado tenor Giuseppe Di Stefano no logran salvarlo de la declinación ni los prolijos afeites técnicos de los expertos del sonido. Pero sus asperezas no empañan la tersura de una *Tosca* rebozada en oro puro. ♦